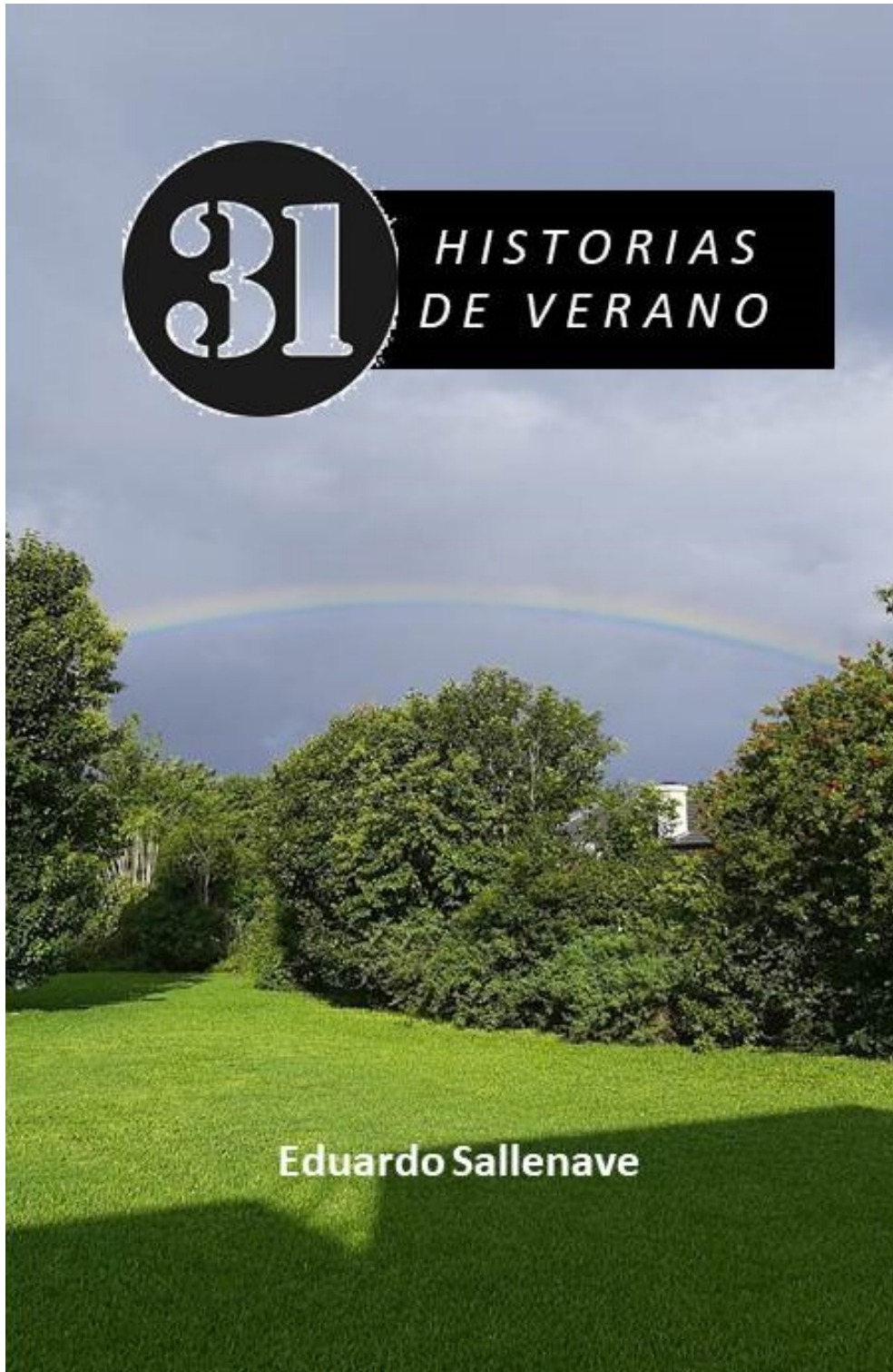


31 historias de verano

eduardo sellenave



Capítulo 1

31 historias de verano

Podría definirlo como un diario. Aunque nunca lleve uno en mi vida. Un recorrido, reflexivo, caprichoso, sinuoso. Me cuesta encasillar bien qué serían estos relatos.

Son 31 momentos. Escritos uno por día, durante un mes de un intenso verano pasando tiempo en una casa alquilada en un barrio privado. Con el compromiso interno de nunca dejar de escribir. Así sean unos párrafos o una página completa. No hay reglas, seguir el impulso, las ganas de ver qué siento sin filtro. Cuando cambias de lugar, de contexto, la mente fluye. Así fue el desafío que me planteé unos meses antes. Escribir, sin prisa y sin pausa.

Se pueden leer en orden cronológico, siguiendo las fechas o de forma aleatoria, eligiendo que número te gusta más, quizás arrancar por la fecha de tu cumpleaños, la edad de tus hijos o lo que tengas ganas.

Quizás sí es un diario personal, pero abierto, compartido.

1 de enero - Manual

La lluvia hace que arrancar el día sea lento. Quizás porque tengo los sentidos más atentos en horas de la mañana y el ruido de las gotas golpeando el techo impone un ritmo asincrónico casi hipnotizante.

También contribuye la cena del 31 de diciembre, donde la consiga de "comida fría", trata de frenar la culpa de devorar abundantes ensaladas, piononos, vitel tone y varias cosas más que desembocan en el brindis acompañado de helados y dulces.

Un nuevo comienzo. Un nuevo año. Pero que ya se vive unos días antes, luego de Navidad, uno va recibiendo mensajes sobre el año que termina, etapa de balances, nuevos deseos y todo lo bueno por venir, siempre con llamadas a la acción de sacar todo lo positivo de nuestro interior, la fuerza de voluntad, el valor de los afectos, etc.

Sería interesante contar con un Manual que sea específico para los nuevos comienzos. Por ejemplo, un nuevo trabajo, nueva pareja, un cambio de casa, comprar eso por lo que tanto ahorraste y así múltiples situaciones que nos representan un antes y un después. Este manual ordenado en

capítulos como: pareja, familia, trabajo, hobbies, deporte, recreación, etc. funcionaría como ayuda para leer que cosas tener en cuenta y el valor de lo que se deja y lo que se suma a nuestra vida.

Hay algo culposo en mi forma de ser, lo sé, de sentir que no aproveche lo sufriente determinada situación o momento. También una exagerada expectativa en algunos casos y cuando no se cumple lo imaginado me genera frustración.

Dejo la puerta abierta a quien quiera iniciar el Manual, me parece una buena idea. O funcionaria por lo menos para mí y encontrar cierto equilibrio y paz.

2 de enero - Detalles

¿Hasta cuánto puede impactar un detalle?

Sentado en una reposera, con la mirada perdida en el piso, sentía que algo me molestaba. Y me dí cuenta que era que uno de los mosaicos no estaba perfectamente alineado con el resto.

Lo primero que hice fue reprocharme mi obsesión por buscar eso que no está bien, notar lo que falta, lo que no encaja en el conjunto. Me enoje hasta con mi signo, Virgo y que somos detallistas, perfeccionistas y no sé qué más.

Recorriendo con la mirada parte del jardín, note que la cerca protectora para niños de la pileta no estaba toda a una misma altura. Y algunas de las tablas de la caja que cubría el filtro, están con algunos tornillos saltados y que la pintura no había sido esparcida en forma pareja.

Miré parte del exterior de la casa y conté como seis detalles que me saltaban a la mirada como alarmas sonando en mi cabeza. Seguía enojado porque pensaba en el tiempo que gastaba en eso. En ver cosas imperfectas, que algunas podía solucionar y otras no.

Creo que lo que más me molestaba era cuando llevaba mi particular mirada del mundo a las personas que me rodeaban, sobre todo a los afectos. Recapitulaba sobre comportamientos y observaciones perfeccionistas cuando yo estaba bastante lejos de eso. Causando daño con comentarios tajantes de cómo debían ser las cosas en mi universo ideal.

Volví a mirar el mosaico mal alineado. Recordé discusiones, desencuentros, peleas con personas que he querido y quiero. Sintiendo la impotencia de saber que estaba argumentando cosas que hoy veo sin sentido, pero en su momento eran verdades absolutas. Claro, eran mis

verdades.

Quizás este nuevo año que comenzaba si hacía un esfuerzo, podría ser algo distinto.

Me levanté. Al ingresar a la casa me pegué el dedo gordo del pie derecho en el borde del mosquitero. Que estaba mal puesto, fuera de eje, mal alineado. Insulté fuerte. Apreté los puños.

3 de enero - Caminando

Cuando voy a cumplir la primer vuelta de las dos que me propongo, a veces, mi humor comienza a cambiar.

Colesterol y otros indicadores que no siempre me son favorables, hacen que caminar sea la forma más leve de ejercicio que debo realizar, sin la obligación de terminar en un gimnasio o alguna otra actividad que me genere mayor esfuerzo que sé que no realizaré.

Reconozco que hacer las caminatas en las calles de un barrio cerrado, a las siete u ocho de la mañana es agradable, dado que no me cruzo con más de 2 o 3 personas, casi no circulan autos y lo que si abunda es la hermosa presencia de la naturaleza despertando, pájaros buscando su primer alimento, flores que dejan sentir sus profundos aromas, una brisa veraniega que sirve para enfriar la transpiración que impone el ritmo rápido de mis pies.

Volviendo a mi humor, hoy particularmente no es bueno, dado que la alta temperatura y humedad hacen sentir cada metro recorrido y le ponen un desafío especial a los que restan. Mi botellita de agua, fría al salir, ya me entrega sorbos tibios.

No es lo mismo salir solo que acompañado. Cuando camino con alguien de la familia, las charlas y comentarios hacen más llevadera la saludable tarea. Pero también es cierto que la caminata es mucho más lenta, dado que casi siempre debo aminorar mis largos pasos para no dejar a mi acompañante detrás. Pero hoy salí solo.

Muchas veces me veo tentado en acortar el recorrido, cuando voy sin testigos es un pensamiento recurrente, por lo menos para mí que la actividad deportiva, hasta en esta forma leve de práctica, no es de mi agrado.

Desde algunas casas, ladridos de perros de raza, me hacen reflexionar qué pasaría si uno de ellos decide saltar los cercos y perseguirme. Porque parece que les molesta que camine cerca de sus territorios. Reflexiono

que la próxima vez debería llevar un palo o algo parecido como defensa.

Imagino muchas cosas mientras camino. Miro las ventanas, fantaseo sobre historias que se desarrollan en la intimidad. Analizo los objetos dejados en los jardines, se acumulan cosas que se ve tuvieron mejores épocas o muchas veces ni siquiera usadas.

Regreso. Elongo piernas y hago estiramiento de espalda. Unos generosos tragos de agua con hielo me devuelven temperatura. Confieso que siento el sabor de una gran victoria. Para los que no nos gusta el esfuerzo físico, hoy fue otro gran paso. Varios pasos.

4 de enero - Siesta

Estoy a 10 minutos de una linda siesta. Una costumbre que me costó adoptar a lo largo del tiempo.

Cuando era chico, literalmente odiaba la siesta. Calculo que la energía de la juventud y las ganas de jugar y seguir haciendo cosas era más fuerte que la pausa post almuerzo.

De más grande y trabajando independiente, digo, sin la obligación de horarios de trabajo tradicional, también me costaba la siesta. Pero ahí ya entraba la culpa y la sensación de estar perdiendo el tiempo. Por más que me quedara mirando televisión o leyendo recostado en un sillón.

En los últimos años, no más de 3, adopte la siesta de forma regular, ahora la excepción es que me quede levantado. No son siestas largas, cuarenta minutos o máximo una hora, ya está más que bien.

No voy a entrar en análisis sobre informes médicos y biológicos que justifican la siesta y que abundan. Hace muy poco escuche la frase "Dormir la siesta es como amanecer dos veces", y algo así se siente en el cuerpo, como un nuevo comienzo.

Mis siestas tienen efectos variados. Hay días que despierto como volviendo de un gran sueño profundo, muchas veces regado con abundantes imágenes y algunas pesadillas. Me levanto, pero deambulo por la casa como un zombi durante media hora más. Medio perdido, con el cuerpo desincronizado y mis pensamientos también alineados con esa sensación. Otras veces despierto muy lúcido, con energía y fresca, rápido puedo ponerme en acción. Estoy cargado de ganas, sí, ganas de hacer. A veces no sé qué, pero las ganas están.

Escribo estas últimas líneas ya acostado. Aire acondicionado para olvidarte por unos minutos de un enero demasiado presente. Habitación bien oscura. Los parpados pesan. Quiero soñar cosas lindas. Hace mucho que no soy héroe en mis sueños. Dejo estas anotaciones de lado. Para respirar

profundo y entregarme al ritual de la siesta, que ahora quiero y me hace bien.

5 de enero - Solo

A media mañana se fueron todos.

Una de las primeras acciones que comprueban mi soledad en la casa fue poder tirarme un gas sin culpa y sin necesidad de ir al baño. Y como para reafirmar la declaración de independencia fue con un ruido importante.

Soy una persona solitaria. Pero este verano somos varios en la casa. Me gusta la compañía, no en demasía y celebro los momentos de soledad.

No hago nada especial, pero es como se sumara un plus a mi personalidad. Una sensación de disfrute adicional.

Subo el volumen de la música, se puede escuchar desde toda la casa, una playlist en Spotify me lleva por los mejores temas (por lo menos para mí) de los años 80 y 90. Me inundan recuerdos de la adolescencia, el secundario, amigos y romances fugaces.

Llego al mediodía sin muchas actividades, algo de lectura, contemplación desde la galería hacia el parque, llenándome los ojos de verde, como suelo describir este gusto, sobre todo para quien vive en una gran ciudad y en departamento.

Me caliento unas sobras en el microondas. Me gusta hacer mezcla de restos de comida. Hay opciones variadas. Todo muy sabroso, gracias a la mano maestra de mi esposa.

Sentarme a comer es un momento donde siento la soledad, pero ya no es algo disfrutable. Lo mismo me pasa con los viajes. Necesito estar junto a alguien. Compartir.

Está rico. Pero mastico rápido. La música sigue sonando fuerte. Ocupa parte de mis pensamientos, pero ya como un ruido, donde no distingo las melodías que acostumbraba bailar.

Lavando los platos, miro mi reflejo en la pequeña ventana que divide la cocina de la cochera. Me veo grande. Quizás más grande de lo que tengo ganas de sentir. Veo ingresar el auto. Volvieron del supermercado y otros trámites. Me pongo contento. Sonrío, porque imagino que tengo una cola, como la de un perro y se mueve sin parar.

6 de enero - Hugo

Si bien las casas están bastante separadas, uno cada tanto se cruza con los vecinos. Como estoy de paso unos días, no conozco a ninguno. Pero siempre hay saludos de cortesía, hablados o con un leve movimiento de cabeza.

Una casa a cada lado, más grandes que la nuestra, con más gente, así que siempre hay movimiento y cosas para mirar y comentar.

Hoy coincidimos con mi vecino, a la tardecita, en el lugar para arrojar los residuos. Pensaba que no pasaría de un hola y algún comentario sobre el clima, pero parece que había ánimo de charlar, quizás tenía curiosidad sobre quiénes éramos, dado que nosotros estábamos por el verano y él y su familia vivían permanente.

Ya presentados con nuestros nombres, Hugo comenzó a preguntarme sobre mi trabajo, cuánto estaríamos en la casa de Analía, quien era la que nos alquilaba la casa y por lo que percibí no tenía mucha relación con ella.

Rápidamente note que le gustaba hablar, dado que yo no podía meter respuestas con frases de no más de cuatro palabras. Y hablaba rápido, lo cual me exigía mayor atención para mantener el hilo de la charla, o monologo de su parte.

El cuestionario hacia mí, fue evolucionando a casi un relato de su vida. Que tengo que ser sincero, para los 45 años que aparentaba, que luego me confirmo que eran 47, había tenido y seguía transitando una vida muy interesante y también algo misteriosa.

Nos despedimos con un apretón de manos. Firme. De esos que me gustan. Mientras nos distanciábamos cada uno entrando a su casa, nos miramos, y movimos la cabeza asintiendo. Como cuando se rompe el hielo en un encuentro y ya pasas a tener un código compartido.

Me recosté y volví a repasar la charla. Pero solo sobresalían los detalles que me inquietaban. Su colección de armas. La distancia con sus hermanos por problemas de dinero. Un par de juicios con la administración del barrio privado.

Desde mi habitación en el primer piso, se veían las habitaciones de su casa. Apagaron las luces, yo también, el sueño anunciaba su llegada.

Volví a pensar en Hugo, se veía un hombre intenso. Mire la hora del radio reloj. Era temprano. Me dormí intranquilo.

7 de enero - ¿Hasta cuándo año nuevo?

La señora de la limpieza llega temprano. La esperábamos con ansias, ya el desorden nos estaba superando. Apenas cruzó la puerta me acerque a saludarla con un beso y un sonoro "feliz año nuevo", respondió lo mismo amablemente.

Me senté en la galería, en la reposera que estaba abierta en la misma posición que la deje el día anterior, ya el sol calentaba el respaldo.

¿Hasta cuándo se dice "feliz año nuevo"? Reflexioné, sobre mi reciente saludo a Nilda.

Ya pasaron 7 días del nuevo año y sentí que estaba algo fuera de tiempo mi saludo. Como si ya no tuviera el mismo efecto o que la carga de buenos deseos fuera debilitándose.

SI bien muchas veces son saludos de compromiso, debe existir un día en que ya no hay que decirlos más. Quizás este momento sea una señal. El sentirme incómodo diciéndolo.

Me pasa algo parecido con los saludos de cumpleaños. Obviamente que a familia y afectos muy cercanos es en el mismo día. Y si no sucede, alta carga de culpa. Pero con los conocidos o vínculos algo distantes, siento que no más de 48 hs de pasada la fecha. Hablando de fechas, a los que saludo es porque me lo recuerda Facebook, dado que no llevo agenda y como no entro todos los días, ahí ya se dan los atrasos. En mi caso me gusta que me saluden el mismo día, como mucho, al otro día, pero no más de eso.

Me levanto de la reposera. La muevo hasta la sombra. Aunque sea la mañana, el sol se hace sentir. Hoy será un día difícil entre mi baja presión y el calor.

Con las condolencias me pasa algo parecido. Sobre todo con personas conocidas, sin mucha relación que quizás comentan sobre alguna pérdida en el último tiempo y me entra la duda si tengo que decir "lo siento mucho" o "siento tu pérdida" por dos razones. Una, el tiempo transcurrido, y la otra es si no conocí a la persona y la verdad no siento nada.

Ingreso a la casa. Nilda ya va dejando su impronta, de pisos limpios, almohadones que recuperan sus formas redondeadas, libros y revistas en sus lugares listos para que los volvamos a ojear y desacomodar.

Paso a su lado. Me detengo. Vuelvo unos pasos y le pregunto cuándo cumple años.

Es en dos semanas. Lo anotaré. No la tengo en Facebook como contacto.

8 de enero – Ventana

Cuando uno está en casa ajena mucho días, va descubriendo las cosas que le gustan y las que no, de la construcción, de los muebles, de la distribución de los espacios, etc. Es una reacción extraña entre el gusto propio y el de la persona dueña de casa. A veces hay coincidencias, hasta ganas de copiar ideas, y otras diferencias irreconciliables.

Fui notando cuales eran mis lugares favoritos de la casa. El sillón del living, para leer y ver series. La galería, durante la mañana, en la reposera mirando el parque. La pileta, ya entrada la tarde, para estar con los pies frescos y algo de natación. Y la ventana en esquina, en el primer piso.

Los que tenemos personalidad solitaria no significa que no queramos estar en contacto con el mundo que nos rodea. La ventana en esquina, donde el pasillo dobla hacia uno de los cuartos, en el primer piso es mi punto de observación de la vida ajena.

Todas las noches antes de acostarme, paso un rato allí, con la luz apagada, junto a la ventana. Con el paso de los días voy conociendo las rutinas y costumbres de mis vecinos. Cenas, charlas de sobre mesa, juegos en familia, muchas series en la tv y quizás si tengo suerte en las habitaciones superiores cada tanto alguna actividad sexual.

Hoy subí más tarde de lo normal. Una nueva serie en Netflix me atrapó y ví tres capítulos seguidos. Mi esposa solo me acompaño en uno, así que terminé la mini maratón solo, con pasas de uva con chocolate como compañía..

Me paré en la ventana. Luces apagadas. En la casa de la derecha, la familia ya estaba dormida, todo oscuro. Los perros recorrían el perímetro ladrando de vez en cuando al aire, de lejos parecía sin sentido, pero sé que los Teros gustan de provocarlos con vuelos rasantes.

En la casa de Hugo, también todo oscuro. En su caso los perros son cachorros y duermen adentro. Solo veo una luz muy tenue en el cuarto de los niños. En la habitación principal, también a oscuras, la puerta está abierta hacia el balcón. Sale Hugo. Prende un cigarrillo. Aspira profundamente que desde donde estoy noto el rojo intenso del tabaco quemándose.

Gira abruptamente la cabeza hacia mi posición. Sé que no puede verme. Estoy en la oscuridad total. Clava su mirada en mí. No puedo moverme. Segundos interminables. Logro deslizarme lentamente para no hacer

ningún ruido, como si también pudiera oírme. Ingreso en mi cuarto.

Me acuesto intranquilo. Respiro profundo. Y digo en voz baja: - Hugo no me gusta.

9 de enero – Un asado especial

Las llamas que envolvían la leña eran muy altas. Yo solo trataba de que no avanzaran sobre el asado. Las brasas eran de color azul. Acerque la mano para medir la temperatura, me quemé con un frío intenso. A mi espalda un gruñido afónico, en segundos se unieron otros más agudos. Me dí vuelta, ahí estaban en el jardín, al borde del piso de mosaicos que divide los espacios, tres lobos con un pelaje largo y plateado que reflejaba el brillo de una luna increíblemente grande. Tenían ojos rojos. Dientes en varias hileras como los de los tiburones. Les goteaba de la boca una baba espesa como caramelo derretido. Sentí pánico. En mi mano una pala de hierro oxidada. Yo estaba clavado al piso, literalmente. Mis zapatillas se habían fundido con el mosaico en una sola pieza. Uno se abalanzó de un salto, con la pala lo golpeo en el aire, cae a mis pies sin vida. En el jardín llueven estrellas, las que caen en el pasto, lo queman como ácido fundiendo plástico. Las que lo hacen en la piletta, la iluminan en colores brillantes. Sigo sin poder moverme. Otro de los lobos vuela hacia mi cara, la pala ya no hace efecto porque se desintegra en miles de cristales que se hacen polvo en el aire. Pongo mi brazo como defensa, siento los dientes desgarrar la piel. En mi boca siento el sabor de la carne, como si yo fuera el que mordiera. La piletta a unos metros ya no recibe estrellas, sino que desborda agua en grandes cantidades como si hirviera. Todo el lugar se encoge, para quedar con el tamaño no mayor de un metro cuadrado. El agua sube de nivel. Ya no hay lobos, no hay parrilla, ni jardín. El agua ya me llega al pecho. Quiero flotar pero me siento muy pesado, y mis brazos y manos no hacen lo que mi cabeza ordena. Son como de otro cuerpo, ajenos, enemigos de mis intenciones. El agua comienza a entrar por mi boca, en vez de rechazarla, la trago. No tiene sabor. Me adormece. Siento placer. Me quiero quedar ahí. Los ojos apenas abiertos ven un destello intenso. Silencio.

Abro lo ojos, el velador prendido. Mi mujer acaricia mi cabeza. Estoy transpirado. Me dice en voz baja que fue otra de mis pesadillas. Me incorporo en la cama. Vuelven algunas imágenes. Me dirijo al baño para lavarme la cara, mientras reflexiono si no debería volver a mis sesiones con la psicóloga. Estar de vacaciones no significa estar en paz.

10 de enero – La casa marrón

Hay dos lugares para ver, sin ser vistos, hacia la casa marrón. Desde el ventanal del living y desde la cocina, a través de un par de ventanas

chicas, con persianas americanas.

La casa marrón está cruzando el boulevard, justo frente a la nuestra. Mismo estilo moderno de construcción, pero todo en una sola planta. El color marrón oscuro la hace ver más pequeña.

Nos llamó la atención con el correr de los días ver ciertos movimientos y comportamientos que salían de ciertos patrones, por lo menos para nosotros, normales en el barrio.

Un día una pareja joven que llega y estaciona en frente. Bajan. Se acercan a la puerta. Se entreabre y sale un perrito pequeño color blanco, que los recibe con ladridos y cierta alegría. Lo pasean por el jardín delantero. Lo recibe alguien detrás de la puerta entreabierta. Se van.

Otro día llega el pedido del supermercado. Lo entregan. Todo muy rápido. Seguimos sin ver a nadie que salga de la casa. A veces se escuchan los ladridos apagados del perrito desde dentro de la casa.

Una tarde, la pareja nuevamente. Bajan. No pasean al perro. Solo hablan con alguien dentro, pero desde la puerta. Se van.

La casa siempre permanece con las cortinas cerradas, no se puede ver nada hacia adentro. A veces una silueta se mueve en lo que debe ser la cocina. Pero todo dura segundos.

En mis caminatas pase un par de veces por el frente de la casa. Aminorando mí marcha y una vez hasta me detuve a atarme los cordones que no estaban desatados, para tener la chance de mirar un poco más cerca.

Hoy llegó un camión volquete con un cargamento grande de tierra. Bajó el chofer, se acercó a la puerta. Solo pude ver una mano que daba indicaciones desde adentro señalando una parte del jardín. Unos minutos después con hábiles maniobras el camión dejaba la tierra amontonada entre el jardín y un lateral de la casa.

En los almuerzos y cenas comentamos la intriga que nos genera la casa marrón. Tenemos teorías desde que es alguien enfermo que no puede salir, pasando por alguien prófugo de la justicia, o quizás arresto domiciliario, hasta un importante traficante de drogas que maneja un imperio, desde un recóndito barrio privado para no despertar sospechas.

Mi cabeza no para de imaginar cosas. Recién van diez días. Tengo esperanzas de saber algo más de la casa marrón.

11 de enero – Instinto asesino

Dormí mal. Calor intenso. Ya es media mañana y la temperatura está por arriba de los 40 grados. Tengo un mal humor generalizado. Lo siento hasta en los músculos. Se repite en mi cabeza como un loop interminable parte de la canción "Loco" de Andrés Calamaro: *"Y reprimir el instinto asesino delante de un mimo de un clown, hoy estoy down violento down radical"*.

Recuerdo de niño cuando el aburrimiento, el enojo, la falta de ideas para generar juegos, terminaban en acciones algo violentas como prender fuego a objetos varios, sean juguetes, maderas, plásticos etc. Prender velas y con la cera caliente rociar hormigas y cuanto bicho menor se me cruzara en el camino.

Hoy me siento así. Quizás se suma cierto sentimiento de extravío. Como estar algo perdido en la casa, el barrio, en estos días de descanso, como todavía viviendo un duelo de la rutina y lugares de mi vida habitual durante el año.

Cuando entro en esta espiral ascendente de mal humor, de grande aprendí a aislarme un poco, tomar distancia, evitar discusiones vacías con todo el que me cruce. Por eso mejor salgo a caminar. Despidiéndome con un portazo, como reafirmando mi estado de ánimo, que todos ya se dieron cuenta.

El recorrido se me hace largo, me molesta todo. La pareja de Teros que siempre me parece simpática, hoy la patearía. Imagino nubes de plumas negras, grises y blancas. Sonríe con malicia. Cuatro casas más adelante veo como dos señoras charlan mientras una manguera con la que riegan está lanzando generosa agua sobre la vereda. Mi nivel de ira aumenta, como lo hace cada vez que veo a los encargados de edificios "barrer" con el agua. Mi mente edita imágenes con una estética de comic de estas dos señoras con mangueras en sus bocas, yo accionando las llaves de paso y ellas inflándose de líquido hasta que salen disparados los ojos de sus orbitas, luego chorros como fuentes de sus orejas hasta finalmente explotar en cientos de pedazos que tapizan árboles, jardines y fachadas de casas de un rojo aguado. Vuelvo a sonreír.

Y así continuó mi recorrido. Bajando mi nivel de enojo, subiendo mi nivel de imaginación con situaciones algo violentas, pero liberadoras, como una compuerta que se levanta de una represa saturada.

Casi llegando a la casa, me cruzo con uno de los guardias de seguridad que hace su recorrido habitual. Fijo mi vista en su arma. Me quedo como hipnotizado. Otra vez avalancha de imágenes. Me asustan. Nos miramos, un saludo cordial y apuro mi paso como tratando de escapar de esos

últimos pensamientos. A veces me tengo miedo.

12 de enero - Paréntesis

Son las 7 de la tarde y hace una hora que estoy solo en la pileta. El agua esta tibia.

El silencio me rodea, solo interrumpido cada tanto por la pareja de Teros en el techo de la casa de al lado, la de Hugo.

Los últimos rayos de sol, antes de ocultarse detrás de unos pinos, generan reflejos hipnóticos en el agua. Rayos dorados se mueven al ritmo de la superficie ondulante. En el piso de la pileta, de venecitas celestes, mis pies se deforman con el efecto "lupa" del agua.

Tomo conciencia de que hoy fue un día de los que llamo "paréntesis", como un momento de pausa, dado que no tengo nada interesante que pueda destacar.

Siempre este tipo de sensaciones me dejan algo incómodo. Una sensación de limbo. De estar y no estar. Donde cuerpo y mente parecen no estar alineados. Son días que los percibo más largos que otros.

La pileta me genera un efecto relax. Agua al cuello. Pocos movimientos. Pierdo un poco la noción del tiempo. Ya no hay sol directo. Las sombras acentúan el azul de la pileta.

Me sumerjo, aguanto el aire unos segundos. El silencio bajo el agua es inmenso. ¿Será así también en el espacio?. Me abarca todo. Vuelvo a la superficie.

Sigo adentro del "paréntesis". Con la mirada perdida en los árboles, que se mecen por una suave brisa. No tengo mucho más que agregar.

13 de enero – Vecinos naturales

Estar en este entorno, el de un barrio privado, te expone más directamente a la naturaleza. Y cuando venís de vivir en departamento todo el año, se nota mucho.

Casas con amplios jardines. Rosales, jazmines y muchas especies de árboles, de las cuales reconozco álamos, acacias, pinos y no mucho más.

Hoy preste atención a los animales con los que convivo estos días, que pueden formar parte del paisaje y pasar desapercibidos para quienes

están acostumbrados. Pero no para mí.

Durante las mañanas, bien temprano, los dos Teros en el techo de la casa del vecino, cantan fuerte, recibiendo el día. Y lo vuelven a realizar a la noche, cuando regresan al techo, luego de andar por no sé dónde, pero la rutina se repite diariamente. En el cerco de ligustro bordeando el jardín, tienen un nido dos Calandrias. Durante todo el día, se turnan para salir y buscar alimento. No sé si ya tienen los pichones, o son muy territoriales, pero pelean a todo pájaro, principalmente Horneros, para que se vayan rápidamente. Pero se llevan bien con los Teros. Ellos si pueden bajar al jardín y no se registran contiendas. Durante las tardes sobrevuelan el lugar Golondrinas. En grupos, con recorridos oscilantes. Pero no por mucho tiempo, para mi regresan a dormir, pero no en los árboles que tenemos cerca. Palomas hay pocas, sólo las veo pasar, hay de las chicas y las que conozco como "Turcas". Perros tienen los vecinos de las casas laterales, traté de entablar alguna relación con silbidos y chistidos a ver si se acercaban a los cercos, pero por ahora sin éxito. No insistiré más. El otro día nos "visito" una comadreja. La encontramos a la mañana durmiendo en el tacho de residuos exterior. Ingresó, pero no supo cómo salir. La guardia del barrio se encargó del animalejo. También hay un perro en la casa marrón, frente a la nuestra. Es chiquito y ladrador. Se lo oye más de lo que se lo ve. Completan el cuadro algunas mariposas, esporádicamente visitando a las rosas y avispas que se acercan en busca de agua a la pileta.

En realidad nosotros estamos de visita. Este barrio, con pocos años, invadió el espacio natural de cientos de especies. No me identifico con ninguna movida ecologista. Realmente lo siento así. Imagino algún día una gran rebelión de animales. Y seguro perderemos.

14 de enero – Sin TV

Catorce días sin ver televisión. Para alguien como yo que le gusta mucho ver tele, es algo excepcional.

Hay una tv en primer piso. De pantalla generosa, alta definición y varios atributos de última generación. Pero todos coincidimos en que está en un lugar incómodo, que no invita a relajarse y ver algún programa.

Se suman otras cosas que hacen que no vea tv hace tantos días. Me paso muchas horas en la galería mirando el parque, charlando, escuchando música. Traje mi computadora portátil para trabajar y allí también uso varios servicios de streaming para ver películas y series. Siesta y pileta también se suman a las actividades no compatibles tv.

Pensaba que está bien que no vea tele. Porque es lo que hago durante la rutina anual. No verla es un signo de que corto con eso. Si repaso los programas que veo al mediodía, tardecita y noche, tomo conciencia que

ninguno es tan importante. Mi relación con la tv es de distracción, algo de información y diversión.

Soy de la generación que tiene la costumbre de sentarse a una determinada hora a ver un programa. Me cuesta ver programas de tv en otras plataformas online. También me gusta ver el programa en vivo y directo en su horario. No puedo verlo grabado otro día o que me cuenten que pasó.

Por esta relación que tengo con la tv me sorprende pasar tantos días sin ella.

Subo al primer piso. Me paro frente al televisor. La pantalla negra sin encender devuelve mi imagen. Me siento en el sillón. Confirmando que el lugar es incómodo. Pantalla muy grande, poco espacio, el sillón es duro y poco amigable con la espalda. Tomo el control remoto, vuelvo a mi reflejo. Pienso cómo sería verse algún día en la tv. Que tu imagen sea vista por millones. Pasar de ser nadie a ser de todos. Dejo el control sin encender el equipo. Prefiero estar en la galería y ver volar Calandrias y Teros.

15 de enero – Un mundo aparte

El matrimonio, amigos de mi cuñado, llegaron a la casa con sus dos hijos, para disfrutar de un asado.

El pequeño de dos años rápidamente desplegó sus juguetes en la galería donde estábamos todos junto a la parrilla. El mayor, de cuatro años, miró el lugar y rápidamente se aferró a la pierna de su papá. Teníamos la información sobre su condición autista.

Yo tenía cierta curiosidad en verlo actuar, relacionarse y moverse en su nuevo entorno. Rápidamente el padre le dió su celular y se puso a mirar dibujitos y canciones. Este fue su comportamiento casi toda la noche. Repetir una y otra vez los videos, moverse por la casa con mucha energía, más que nada en silencio, rara vez algún sonido inentendible.

Mi atención en la charla de los adultos disminuyó después de la cena. Para centrarme en él. En sus movimientos, en su mirada penetrante y concentrada. Que en algún momento hacia contacto con la mía. Yo le sonreía, decía su nombre y no más que eso, en los tres segundos que duraba el contacto.

Trataba de imaginar su mundo, sus tiempos, sus gustos, sus sueños. Ese mundo conviviendo en el nuestro, que no está preparado completamente para las cosas distintas o especiales. Su mundo con reglas tan personales y propias que sorprenden. Por ejemplo, nos contaba su mamá como un día él estaba durmiendo la siesta en su cuarto, ellos estaban en el jardín, se escapó por la ventana, cruzo la calle, fue hasta la casa del vecino, se

dio un chapuzón en la pileta, volvió a la casa y se acostó todo mojado en el cuarto de los padres. Y varias historias más, donde este niño no para de sorprender a todos y cada día es un desafío.

Estábamos ya en el living, era tarde, el más pequeño durmiendo en uno de los sillones. El en otro sillón recostado con el celular viendo por enésima vez unos videos de Piñón Fijo, que según nos contó su padre, suele aprenderse las coreografías. Mi esposa y yo en unos sillones individuales, a cierta distancia, mirándolo. Sin previo aviso, se incorporó enérgico, apartó el celular, miró a su hermano dormido, suspiró profunda y sonoramente con una mirada y afecto intenso, bajo del sillón, rodeó la mesa ratona, acercándose lentamente a su hermano, lo miro, inclino su cabeza y lo beso en la mejilla. Dos segundos después, tomó el celular y volvió a su rutina. Nosotros, espectadores de lujo, nos miramos, sabiéndonos testigos de algo no tan común. Yo sentía como si se hubiera abierto una ventana en la "Matrix". Un punto de conexión entre dos mundos. Sincero, de amor profundo. Conectando y movilizandó sensaciones poderosas en una porción ínfima de tiempo.

Me dormí pensando en él. Quizás nunca más vuelva a verlo. Su condición es para siempre. Es su mundo. Espero sea hermoso.

16 de enero – De verde a gris

Podría resumirlo como el viaje del color verde, al gris. Sin escalas.

Con mi suegro tuvimos que ir al centro, de regreso a la Capital, por unos trámites. Breves, pero alcanzó para sentir los contrastes de vidas tan distintas.

Hace más de quince días que estoy en el barrio privado, rodeado más que nada de naturaleza, pocos humanos, mucho silencio y paz.

Al subir a la autopista rumbo a la ciudad ya se nota el cambio. Poco tránsito, un punto a favor para el mes de enero, pero incesante y a ritmo monótono, solo interrumpido por alguno que no teme de los radares y foto multas.

¿Por qué compramos autos principalmente de colores blanco, gris o negro? Una vez leí un artículo que comentaba que eran los colores más vendidos, y lo estaba corroborando en el trayecto. Pocos en rojo, azul, verde cada tanto parecían gotas salpicando la ruta.

Luego de unos veinte minutos ingresamos a la ciudad por la vía de circunvalación que hace de frontera entre la Provincia y la Capital. Te vas sumergiendo en un entramado de calles franqueadas por altos edificios

que ocultan el sol en plena tarde de enero.

Llegamos a nuestro destino. Al descender del auto, sentí el impacto del calor, pero es distinto en la ciudad. Es un calor de cemento, mezclado con asfalto. Calor de una ciudad que no se enfría en la noche. Caminamos unas cuadras. Nos cruzamos con poca gente. Eso me gusta del verano en la ciudad, que se van la gran mayoría de vacaciones. Esta vez yo soy uno de ellos.

Me sentí ajeno en la ciudad. Quizás pocos días en una casa, con vida de barrio, superan más de treinta años de vida en la Capital, porque me conectan con mis raíces viviendo y creciendo en una provincia del interior del país, con mucho campo, animales y naturaleza a diario.

El viaje de regreso fue más corto. Por lo menos en mi percepción, seguramente influenciada por mis ganas de volver al verde.

17 de enero – La cena

La verdad que no tenía muchas ganas de ir a cenar. Pero mi esposa insistió en que fuéramos a lo de Hugo, el vecino de la casa de al lado. Eugenia, su esposa, había coincidido con mi mujer arreglando las flores de la parte del fondo de la propiedad, justo detrás de la pileta. Como ya le había dicho a Fernanda, a mi Hugo no me caía del todo bien. Bueno, por lo general son pocos los que me caen bien, pero en este caso en particular, además me sentía intranquilo.

Nos vestimos con lo mejor que teníamos dentro de lo poco que trajimos, que principalmente eran bermudas, trajes de baño y remeras. Fuimos con un vino, recomendado por el vendedor del supermercado, ya que no sabíamos nada de ese rubro. Y acompañamos la botella con una caja de chocolates para la hora del café.

Los chicos y perros estaban en el piso superior, para evitar interrupciones y molestias nos comentó Eugenia mientras nos hacia un tour por la planta baja de la casa. Reconozco que me impresionó la decoración, detalles y calidad de los materiales utilizados. Se notaba una importante inversión.

La mesa estaba servida con una vajilla antigua, cubiertos que brillaban reflejando candelabros que daban un clima especial al ambiente, música de jazz suave proveniente de parlantes finamente disimulados entre muebles y adornos. Soy muy observador y la casa era un festín para mis sentidos. También reconozco que quería encontrar defectos, cosas que fallaran.

La comida fue de primer nivel. Platos simples, pero combinaciones de carnes, verduras y frutas, que me hicieron experimentar nuevos sabores y

texturas.

Todo parecía demasiado perfecto. Sentía que sus historias, experiencias laborales, eventos familiares y anécdotas eran pequeños momentos de películas. Hasta tenían un ritmo que los hacía interesantes. No era difícil imaginarse las secuencias.

Nos hacían preguntas, desde cómo nos conocimos hasta sobre nuestras profesiones. Pero sentía que las respuestas eran escuchadas sin interés, como una gran puesta en escena donde debían fingir curiosidad, para generar un diálogo y no un discurso monótono solo de su parte.

Disfrutamos del café, los chocolates y cerramos la velada despidiéndonos en la puerta, con la promesa de un nuevo encuentro, pero esta vez en la nuestra. Para agasajarlos con las habilidades culinarias de mi esposa quien orgullosa les había comentado de su lasaña de carne y verdura.

En el cuarto, Fernanda ya en cama y yo sentado en el borde, sacándome las medias. Nos miramos un instante, en silencio, conectando sensaciones. No me gustan, dijo seca y contundente. Asentí apretando los labios.

18 de enero – Alberto

Hoy hice otro recorrido en mi caminata matutina. Fui en sentido inverso porque pienso que debo cambiar cada tanto de paisaje, escenario, ver otras cosas.

Al doblar en la última curva, antes del camino recto de trecientos metros hasta la casa, veo al costado del camino, entre la gramilla, una billetera. Se ve usada, imitación de cuero, desgastes, sin dudas tuvo tiempos mejores. La tomo.

Vuelvo sobre mis pasos para llevarla al personal de seguridad que está en la entrada al barrio. Pero mi curiosidad puede más, tengo que ver que hay dentro. Me detengo a la sombra de un pino.

Clásica billetera con un par de espacios para los billetes, que rápidamente ví que eran pocos, de baja denominación y no estaban ordenados como a mí me gusta tenerlos. Luego esos espacios donde justo calzan documentos, tarjetas, etc. Y también un pequeño bolsillito con cierre.

Comencé a sacar las cosas, viéndolas en detalle, porque me encanta ver objetos que puedan decirme mucho de su dueño o dueña, sin tenerlos a ellos presentes. Sin dudas hay un detective latente en mí.

En los espacios delanteros, el DNI en primer lugar, ahí vi que se trataba de un hombre, Alberto, por la foto no aparentaba más de 35 años, luego

viendo su fecha de nacimiento, calculé 38 años y cumplidos hace tres días. Un carnet de un club, seguramente de la zona. Socio. Acceso a Pileta. Una estampita de la Virgen de Lujan, muy gastada, bordes rotos. Atrás la oración y una fecha anotada a mano, junio 2005. Quizás fue su primera visita. ¿Una promesa cumplida? Una foto, recortada de otra más grande, donde se veía una mujer joven y dos niños, sentados en la playa, cerca del mar, por la vestimenta y objetos, debería ser de los años ochenta. Todos felices, posando a cámara. En el último espacio, una tarjeta de una empresa de mantenimiento de jardines. La dirección y teléfono tachado y escrita a mano la nueva información. Parece que alcanzo para la mudanza pero no para nuevas tarjetas. Me quedaba lo último por ver. El bolsillito con cierre. Me costó abrirlo, como si no se usara hace tiempo. Adentro, un aviso fúnebre recortado de un diario, casi ilegible. Un anillo muy delgado, quizás de oro. Nada más. Sentí que haba profanado una tumba, algo sagrado. Sin dudas era el recuerdo de alguien especial. ¿Madre? ¿Esposa? Corroboré lo de los billetes, pocos, de baja denominación. Había dos, de mil pesos, doblados con cuidado, se veían nuevos. Lo único nuevo de la billetera.

La cerré. Quería que Alberto se encontrara con ella. Pensé en mi billetera. En cosas que contienen pequeños objetos, grandes recuerdos de vida. Se la entregue al encargado de seguridad del barrio. Me dijo que lo conocía y mañana lo veía. Que alivio.

19 de enero – Compras

Hoy no pude escapar a realizar las compras. Realmente es una tarea que no me gusta. Pero como mis suegros no podían ir, salimos con mi mujer rumbo al supermercado, con una lista consensuada de productos entre necesidades para la casa y gustos personales de cada uno.

Negociamos con mi esposa que yo la llevo, la espero en la puerta, en la camioneta y ella hace las compras, es bastante expeditiva y el trámite no demora mucho.

Me aburre sobre manera recorrer los pasillos, buscar las cosas, las colas para pagar, me molesta si hay mucha gente y por lo general la mala educación de la mayoría. Quizás varios odian la tarea como yo.

Estacionado en la entrada se me hace más llevadero todo, dado que destino el tiempo a uno de mis pasatiempos favoritos, mirar e imaginar.

Como la pareja joven que sale con un par de bolsas, se ven cosas para una picada, él con mala cara y ella también algo fastidiosa, quizás los espera una reunión familiar o de amigos y no tienen ganas de ir. Se cruzan con una mujer y dos niños, de no más de cuatro años que con sus juguetes van golpeando todo, incluidas las piernas de la que supongo es la madre, que con un grito logra que se calmen y también que todos la

miren. Salen un par de señores, por lo menos de 75 años cada uno, pasan a mi lado y escucho sobre técnicas de como marinar un pescado y combinarlo con vino blanco. Los imagino viudos, desafiando las estadísticas que demuestran que nos vamos de este mundo antes los varones. Y hoy se reúnen para mantener una tradición de cenas gourmet y recordar vivencias que cada uno aportará nuevos datos y re versionará lejos de la historia original. Más adelante veo como se chocan un hombre y una mujer por ir cada uno absorbido en su celular. Pasada la sorpresa, se reconocen. Escucho algo sobre un colegio como punto en común. Los imagino en la puerta esperando a sus hijos, ambos separados, cruzando miradas hace tiempo, compartiendo actividades escolares y grupos de whatsapp de padres, pero sin animarse a algo más. Se miran. Percibo tensión sexual. Se despiden, cada uno va por su lado, él se vuelve a mirarla. El hombre de vigilancia, acomoda unos carritos, no todos respetan su intención, las rueditas sabemos que tienen vida propia. Se acercan unas señoras, pidiéndole información, no escucho, pero imagino que le consultan si venden juguetes eróticos dado que tienen una despedida de soltera. Por el gesto de sorpresa del vigilante y sus ademanes, quizás no estoy errado en mi imaginación, largo una carcajada que retumba en la camioneta.

Vuelve Fernanda, la ayudo con las bolsas, veo en otro auto a una señora que nos mira fijamente. Quizás ella está imaginando cosas sobre nosotros. Espero se divierta como yo lo hice.

20 de enero – Fin de un misterio

Hace días que no veía nada fuera de lo común en la casa marrón frente a la nuestra.

Alguna visita fugaz de la mujer joven que se acercaba a la puerta entreabierta para entregar o retirar cosas. El perrito ladrando.

Pero hoy por la mañana todo cambió. Cuando bajé a desayunar, ya estaba el auto blanco, acompañado de un patrullero. Se ve que llegaron en silencio, no recuerdo haber oído sirenas. Mi mujer ya estaba mirando por la ventana de la cocina, me uno a ella. Nadie afuera de la casa. Llega también una ambulancia. Se estaciona detrás del patrullero, baja el médico y el camillero, empujando una camilla y sobre ella equipo médico. Ingresan rápido a la casa.

Seguíamos pegados a la ventana. Mi esposa cebándose unos mates en forma automática, sin quitar la mirada sobre la casa. Yo acompañaba en silencio comiendo unos pedazos de pan. Hasta que diez minutos después, se abre la puerta de la casa marrón, las dos hojas. Por el sol que ya brillaba fuerte no se podía ver más allá de la puerta, que parecía la

entrada a una cueva con oscuridad profunda.

Salieron el médico cargando un maletín, el camillero empujando la camilla, pero ahora con un cuerpo, tapado por una sábana blanca que había sido ajustada para evitar que se levante. Por la silueta parecía ser de una mujer, de cuerpo generoso. Subieron a la ambulancia y se fueron. Los siguieron dos agentes en el patrullero, que tampoco demoraron mucho en subir al auto y partir.

Las puertas seguían abiertas, sin poder ver nada hacia adentro, unos minutos más tarde salió la mujer joven, rociando, por lo que imagino, algún desodorante de ambiente. Se detuvo en la puerta, traía en la mano una bolsa negra, de esas de residuos, de las grandes. Se notaba como si llevara un solo bulto adentro. Para mí, era el perrito.

No se la veía perturbada, triste o llorando. Volvió a rociar desodorante hacia adentro de la casa. Cerró con llave. Colocó la bolsa negra en el baúl. Miró para todos lados antes de subirse al auto. Como cerciorándose que no había gente mirando. Arrancó suave y partió.

Por la tarde, con el pretexto de mis caminatas, me acerque hasta el puesto de ingreso al barrio. Las personas de seguridad me dieron la información.

La mujer que vivía allí, era una famosa artista de otro país, no sabían precisar si de Chile o Uruguay, ya muy anciana, de buen pasar. Llevaba unos diez años viviendo acá. Casi no salía de la casa. La joven mujer que venía, contratada, quizás por algún familiar, para asistirle. La anciana habría muerto hace varios días. Quizás por una pérdida de gas. No saben si fue premeditado. También murió su perro.

Antes de sentarme a cenar, miré la casa. Todo apagado. Muy oscuro. Una gran mancha marrón que se perdía entre sombras y árboles.

21 de enero – Cumpleaños

A las 10 de la mañana tocó el timbre. Yo la miraba desde una de las ventanas que dan a la calle. Me gusta ver a las personas cuando no lo saben. Nilda, la señora de la limpieza, estaba esperando que le abriéramos. Miraba su reloj, confirmando su puntualidad a la que nos tenía acostumbrados. Mi esposa la hizo entrar, me acerqué y directamente la abracé mientras le deseaba feliz cumpleaños.

Quedó sorprendida. Fernanda también se unió al saludo. Le recordé que había anotado la fecha, hace dos semanas, sino mi memoria no es tan efectiva para aniversarios.

Nilda era una señora muy amable, de pocas palabras, sonrisa fácil. No superaba el metro sesenta, de caminar erguido, con abundante pelo, hace tiempo ya entregado a las canas. Debería tener no más de 65 años, de cuerpo fibroso y de rápidos movimientos.

Hacia la limpieza de la casa en tres horas. Imparable. En silencio, solo consultaba algunas cosas, dónde guardar algo y no mucho más.

Cuando terminó su última tarea, la limpieza de la galería, le dijimos que como era su cumpleaños queríamos que se quede a almorzar. Tuvimos que insistir, se le notaba que no quería cruzar esa distancia entre jefe y empleada. El almuerzo involucraba un acercamiento más personal. Y así fue.

Me parece fascinante descubrir a otras personas. Con algunas preguntas sobre núcleo familiar, actividades de fin de semana y relaciones familiares uno puede darse una idea de cómo se desarrollan otras vidas.

Y así Nilda se abrió ante nosotros. Hija única. En realidad fue la segunda, luego de Héctor, que había nacido sin vida, pero en su familia no se hablaba de eso y sus padres siempre hacían alusión a su única hija. Infancia humilde, pero de muchos juegos y amigos en el barrio. Una carrera frustrada de psicología, que la dejó asomarse solamente un año a la vida universitaria, porque al fallecer su padre, tuvo que priorizar el trabajo para sustentar la casa. Esa, la de siempre, acá cerca del barrio, chiquita pero muy cálida según sus palabras. Llegó el amor, junto a Roberto, un amigo de la escuela primaria que se volvieron a encontrar ya de grandes. Intentaron formar familia, pero sin éxito. Fallece mamá, hace ya varios años, pero se extraña como el primer día, nos comenta mientras saca una foto de la billetera para mostrarnos. Descubrió que su esposo la engañaba con la vecina. Pudo superar una separación complicada. Quedo sola en la casa y con trabajos muy informales. Hasta que una amiga la recomendó para tareas domésticas acá en el barrio, en una casa no muy lejos de la nuestra. Y así fue trabajando y dándose cuenta que era algo que le gustaba, como una forma de ayudar a otros a estar mejor. Siempre acá en el barrio, por referencias, se siente parte de las familias. Querida, acompañada. No le gustaban los feriados y le cuestan los domingos, porque extraña venir al barrio.

Fernanda improvisó una torta de cumpleaños en un alfajor, con velita y todo. Nilda estaba algo incomoda, creo que con vergüenza, pero se la notaba contenta. Cantamos. Le comentamos que como no sabíamos que regalarle, preferimos entregarle un dinero extra a lo habitual. Fue ella la que se acercó y nos abrazó. Guardo el alfajor entre sus pertenencias, porque se le hacía tarde para ir a otra de las casas. Nos despedimos en la puerta. Entramos. Nos miramos con Fernanda, los dos estábamos

emocionados.

22 de enero – Mantenimiento

Dentro del alquiler de la casa están incluidos el mantenimiento de parque, canteros y piscina. Lo realizan dos personas distintas. Si bien no se cruzan el mismo día, hoy coincidieron.

No se anuncian. Ingresan directamente por un lateral de la casa, nunca se sabe bien el horario de llegada, y así como entran, también se van. Si no salís a hablar con ellos, hacen su trabajo y listo.

A la mañana temprano llegó quien se encarga del parque con su máquina de cortar césped, la bordeadora y un gran bolsón de tela que llena con todo el pasto cortado y que dejará en la puerta de la casa, para que luego lo recoja el camión. Sin demora arranca con la máquina desde el fondo hacia adelante en un recorrido de ida y vuelta, preciso, rápido si el pasto no está muy crecido, después vendrán los detalles con la bordeadora al costado de la pileta, canteros y cercos perimetrales. Esta propiedad no presenta muchos obstáculos, solo un gran espinillo y acacia en el centro del parque. Otras casas uno ve que sus parques parecen salas de ensayo de paisajistas a ver qué cosa queda peor que otra. En no más de 40 minutos la tarea está realizada. Amablemente se despide hasta la otra semana.

Dos horas más tarde llegó la hora de la pileta. Quien hace la limpieza me había comentado que prefería venir siempre después del "corta pastos", porque si no, a la inversa le ensucian la pileta y su trabajo no luce. Hoy tuvo suerte.

El trabajo del "piletero" lo observo a lo lejos. La preparación del filtro y limpia fondo, manguera que agrega agua extra, bichero para las hojas y otros elementos flotando. Esto lleva más tiempo, paciencia, pequeños pasos, cuidando no agitar el agua. Casi dos horas, luego, como siempre me llama para mostrar el resultado, que siempre alabo y mantener charlas respecto a cantidades de cloro, algún alguicida y no mucho más.

Me pasa algo con estas situaciones de contacto con quienes vienen a embellecer la casa. Primero un instinto de cuidado y asistencia, llevándoles agua fría y preguntando si necesitan algo más o si puedo ayudarlos. También pienso si han comido, cuántas horas llevan trabajando, si ya están demasiado tiempo al sol. Extraño sentimiento de protección.

Y por otro lado, no puedo escapar a mi curiosidad sobre conocer vidas lejanas de mi cotidianidad. Quiero saber cómo llegaron a este trabajo, dónde viven, si tienen familia, qué hacen los fines de semana, cuáles son

sus alegrías y planes a futuro.

Camino por el césped recién cortado mientras me invade ese olor especial, que me transporta a mi infancia, en la quinta de mi abuelo. Dejo las ojotas a un costado, sumerjo los pies en la pileta que está limpia y pura. Gracias a esas dos personas, nuestra tarde de descanso, es mucho mejor.

23 de enero – Segundo paréntesis

Por lo general, me levanto no más tarde de las siete de la mañana. Pero ya son las nueve y media y sigo en cama. Es una mezcla de pereza y pocas ganas de interactuar con otros, que por el olor a tostadas, ya deben estar terminando el desayuno.

Como suelo definirlo, estoy en uno de mis momentos "paréntesis". Una forma de transitar el tiempo, pero como en cámara lenta. Sólo para mí, sumergido en pensamientos y con la mirada perdida, en este caso en la lámpara del techo, con estilo moderno pero con caireles de plástico imitando a luminarias elegantes de otros tiempos.

Hay personas que tienen sus momentos especiales cuando van al baño, escuchan música, caminan o sentados en un parque. Son instantes muy privados. Por lo menos para mí, de sinceridad total. ¿Hay forma que uno se mienta? No creo. Nunca pude. Sé lo que me gusta, lo que quiero, lo que amo, lo que odio, lo que me enoja. Y uno no siempre puede andar así por la vida sin filtro, pienso que sería complicado. Pero ahora, mirando la lámpara, es mi momento honesto y que no molesto a nadie.

Hoy recuerdo mi adolescencia. Siempre tengo una mirada muy crítica con esa etapa. Como se dice popularmente "con el diario del lunes" es más fácil criticar o tener una opinión de lo que ya pasó. Me reprocho no haber tenido más valentía, ya sea para conquistar a una chica o pelear con algún compañero molesto de la escuela. No enfrentarme a ciertos adultos que imponían cosas sin sentido. Encerrarme en casa y evitar el contacto con el mundo desafiante. En resumen, mirar a los miedos a los ojos.

Pasaron los años, las décadas, algunas cosas mejoraron. Pero como dije antes, éste es un momento de honestidad. Y reconozco que sigo caminando por la vereda de los miedos y no me hace bien.

Me levanto de la cama. Con la cabeza rozo los caireles plásticos de la lámpara. Voy al baño para asearme y bajar a desayunar.

24 de enero – Lasagna

Dicen que lo prometido es deuda. No teníamos muchas ganas de cumplir nuestra palabra, pero cuando nos cruzamos en el mercado con nuestros

vecinos, nos recordaron que le debíamos una invitación a comer lasagna. Y a esto, le sumo celos de mi parte, dado que es un plato que me gusta que Fernanda prepare para mí en alguna ocasión especial.

Lo que pusimos como condición es que fuera al mediodía, dado que a la noche teníamos otros compromisos. Era mentira. Lo que en realidad sucede es que nos estamos acostando temprano, y más allá de las once de la noche, no podemos mantener los ojos abiertos.

Mis suegros aprovecharon para salir a almorzar con unos amigos. Con la promesa de que le guardemos unas porciones para la cena. Son de los fanáticos de la pasta recalentada, según ellos, más sabrosa que la recién hecha. Son gustos.

Hugo y Eugenia llegaron puntuales a las trece horas. El con una botella de vino, ella con un flan para el postre. Muy arreglados. Más para una fiesta que para un almuerzo de verano. La que llamaba la atención era Eugenia, con un vestido blanco muy ajustado, marcando sus generosas curvas. Se notaba que no llevaba ropa interior. La mirada de Fernanda hacia ella y luego hacia mí fue de clara desaprobación.

El almuerzo transcurrió lentamente, Hugo monopolizando la charla, siempre relacionada a sus viajes, aventuras, compras exclusivas. Su esposa acotando detalles e incitándonos a que teníamos que intentar vivir cosas como ellos. En silencio yo reflexionaba, que ni ahorrando unos tres años llegábamos a vivir una sola de sus "escapadas" románticas categoría cinco estrellas. Alabaron la lasagna varias veces. Es cierto, estaba riquísima, como siempre.

Fernanda repartió a cada uno su porción de flan. Eugenia comentaba lo fácil que era hacerlo gracias a una receta que busco en internet hace unos días. Porque ella odiaba la cocina, pero siguiendo recetas, pasos y proporciones, no le temía a ningún plato.

Hugo golpeó con el cuchillo una de las copas. Como preparándose para dar un discurso y captar la atención. Hicimos silencio con Fernanda. Eugenia lo miró cómplice y dijo suavemente que ya era hora, que no querían perder más tiempo. Hugo arrancó diciendo que eran swingers, acostumbrados al intercambio de parejas para tener relaciones sexuales. Se unió Eugenia diciendo que desde la primera vez que nos vieron, les parecimos muy interesantes. Que en realidad a ella le gustaba Fernanda. Al terminar de decir su nombre intento tomarle la mano, ya que estaba sentada a su lado. Como si hubiera recibido una descarga eléctrica, Fernanda se corrió un metro hacia atrás. Hugo me miraba mientras argumentaba lo positivo del intercambio y lo bien que nos vendría probar cosas nuevas luego de tantos años en pareja. Yo en silencio. Adentro mío me recorría la sorpresa, la ira, la necesidad de decir algo, pero no me salían palabras. Eugenia se había abierto más el escote, sus pezones

rígidos y oscuros contrastaban con el blanco del vestido. Fernanda me miraba con los ojos fuera de sus orbitas. Miro a Hugo que estaba de píe cerca de su esposa, pude notar que estaba desarrollando una erección importante. De mi boca salió un grito, áspero, que no decía nada, fue un ruido fuerte. Fernanda gritaba que se fueran. Ella estaba más alterada que yo. Tomo un plato y amenazo con arrojárselos. Con tranquilidad Eugenia se levantó, se arregló el vestido, se tomaron de la mano y se fueron hacia la puerta. Nosotros seguíamos sentados, mirándolos. Fernanda largo una serie final de insultos. Se volvieron hacia nosotros y Hugo nos recordó que sabíamos dónde encontrarlos por si cambiábamos de opinión.

Suspiré profundo. Fernanda lloraba, según ella, de bronca. Mi enojo y desconcierto fue la sorpresa, el sacarme de eje. Cuando no ves venir algo. Le tomé la mano a Fernanda para calmarla. Me miró secándose las lágrimas. Me dijo con la voz entrecortada que ya me había dicho que ellos no le gustaban. Asentí en silencio.

Sabía que lo sucedido rondaría mi cabeza muchos días más.

25 de enero – Lluvia

Tres días de lluvia seguidos tiene implicancias varias, sobre todo cuando transitas el verano, momento asociado a sol, jardín, aire libre, pileta, paseos. Todo se ve alterado.

Hay un encanto inicial, esas nubes que refrescan, una lluvia suave, a la que te animas a desafiar saliendo al jardín, jugando a mojarte, hay disfrute. Se extiende varias horas, luego se detiene, baja la temperatura, casi no hay mosquitos y a la noche se duerme mejor.

Los problemas comienzan cuando vas por el segundo día, ya es lluvia de gota gorda, pesada. Golpeando fuerte en el techo de la galería. Se suma el viento que hace que el agua marque recorridos oblicuos entrando por las ventanas. Ya no hay actividad exterior. Los cuatro en la casa nos cruzamos más seguido, surgen algunas molestias. Lectura y series son el refugio para pasar un tiempo que se dilata marcado por un cielo gris sin fin.

El tercer día llueve sin parar. Sin viento. Miro la pileta, noto que subió de nivel el agua con todo lo recibido. Me enoja que seguramente perdiera la temperatura tibia que me gusta. Discutimos un par de veces con Fernanda por temas tan importantes como que no acomodé la ropa o si le puso demasiada sal a la comida. Las emociones a flor de piel. Se siente la humedad al respirar. No hace frio. Me quedo en la galería largo tiempo con la mirada perdida en el parque. Intento contar los tonos de verdes que hay, llego a treinta y me dormito unos minutos. Los comentarios hace dos días sobre lo bien que venía una lluvia entre tanto calor, hoy ya incluyen algunos insultos. Hay una apatía generalizada. Del día a la noche

casi no se notó la transición por lo oscuro de las nubes. Cena rápida, poco diálogo.

Antes de acostarme, me paré ante la ventana en esquina del primer piso, ya no llovía, muy lentamente las nubes dejaban entrar la luz de la luna que la pileta refleja en movimientos ondulantes en su superficie. Lo que no recordaba era que si luna se había hecho con lluvia, significaba más lluvia.

26 de enero – Faltantes

Con el trascurso de las semanas y gracias a mis caminatas, suelo pasar unos minutos por la garita de vigilancia de uno de los laterales del barrio, donde hay doble cerco electrificado, cámaras y reflectores. Así fui conociendo a Ricardo, Alberto y Daniel. Los van rotando durante la semana. No sé, serán tácticas de vigilancia.

Ricardo, corto de genio pero amable, solo intercambiamos frases del clima y deportes. Daniel insiste en convidarme mates, que no me gustan y me muestra fotos de la familia y me habla de su barrio. Hoy estaba Alberto, más conversador, ameno. Ni bien me detuve para saludarlo me dijo que no era un buen día. Que no podía hablar mucho, que la Jefatura se había puesto más estricta debido a faltantes en las propiedades. Que ellos no habían visto nada, las cámaras no mostraban nada sospechoso. Tres o cuatro casas habían avisado de faltantes como reposeras, algún juguete, elementos para el asado, sombrillas y algunas cosas menores. Alberto estaba molesto. Su trabajo estaba bajo sospecha y en sus 20 años nunca se sintió así. Le comenté, como para generar empatía, que estaría atento y que le avisaría si veía o sabía algo. Asintió de mala gana.

Seguí mi recorrido. Pero ya no me sentía tan seguro. Me recorría cierta vulnerabilidad. Al ingresar al barrio hace como un mes, sentí como un manto de protección adicional, que no vivía en la ciudad. Acá somos pocos, la mayoría se conoce, hay vigilancia, vallas y cercos que nos separan de la vida ordinaria. Una burbuja que te contiene, pero veo que se rompe fácilmente.

Llegué a la casa. No comenté nada de lo sucedido. ¿Para qué agregar información negativa que no llevaría a ningún lado? Hice un recorrido revisando, sin que lo notaran, las trabas de las puertas y ventanas.

27 de enero – Insomnio

El efecto directo y no deseado a dos platos de raviolos como cena, es el despertarme en medio de la noche.

Me cuesta mucho volver a dormirme y no quería molestar a Fernanda, decidí a bajar al living y acomodarme en el sillón. En vez de ojear algunas revistas de vida y obra de famosos o leer algún libro, de esos que nunca termino, me quedé con las luces apagadas mirando hacia el jardín.

Es interesante cómo se va acomodando la vista a la escasa luz. Al principio no distinguía mucho. Luego comenzaba a hacer su presencia algo del brillo de la luna y algunas luminarias de las casas vecinas. Cómo las nuestras estaban apagadas, en el parque la oscuridad era más intensa. Lo que en principio parece todo oscuro, luego es una variedad de tonos de negros y grises. Las formas de la naturaleza, algo de viento y alto consumo de películas de ciencia ficción te abren una opción de entretenimiento ante el insomnio.

Dos álamos al fondo de la propiedad eran torres sinuosas que custodiaban el ingreso a una tierra mágica. Ligustros enfilados parecían soldados formados para dar batalla a la espera de la orden de ataque. Cada tanto surcaban el cielo fantásticas naves aladas que en vuelo rasante buscaban abastecer combustible en la piletta. Ramas de árboles dibujaban sombras de manos tenebrosas que se estiraban por el suelo, arrastrándose, buscando una presa para con solo tocarla, succionar su energía. Pasa corriendo un gato, que al entrar en este mundo es un animal que con solo fijar su mirada brillante en tono verde congela a cualquiera como el mismo poder de Medusa. Se nubla y todo es aún más oscuro. Ya no distingo nada, solo masas negras que se funden en otras. Es un parque hostil, mágico e inentendible. El sueño me gana. El sillón me acepta. Ya no vuelvo a la habitación. Me despertara el sol, ganando un día más, otra batalla a la noche.

28 de enero – Investigando

Golpearon la puerta, me asomé por la ventana del living y ví un patrullero. Me sorprendí, sólo había visto uno acá en el barrio, cuando falleció la mujer de la casa marrón, frente a la nuestra.

Fernanda que los vio desde el primer piso, bajo apresurada las escaleras. Me acerqué a la puerta, le dije que se calmara, que yo los atendería. Se quedó unos pasos atrás.

Abrí la puerta y estaban allí dos oficiales, saludaron amables. Se los veía algo molestos. El patrullero estaba en marcha. Me daba la impresión que la charla no sería muy larga.

Me comentaron que estaban recorriendo el barrio por unas denuncias de algunos vecinos respecto a faltantes en sus casas. Su interés era saber si

a nosotros nos había sucedido lo mismo o si sabíamos algo. Le comenté que no sabía nada del tema, fingí sorpresa y preocupación, le consulté a Fernanda que seguía unos pasos atrás mío y ella negó con la cabeza.

Veía una actitud bastante desganada en los oficiales. Imaginaba que los habían enviado a cumplir con esta ronda de investigación sobre robos de cosas menores, cuando tendrían temas más importantes de que ocuparse. La imagen que transmitían no era la mejor, barbas crecidas y desprolijas, sus uniformes con varias manchas y remiendos, cinturones y porta armas, muy gastados y el patrullero con golpes, óxido y una de sus luces delanteras directamente no existía. Reconozco que no inspiraban mucho respeto, como sus cuerpos pasados en kilos, tampoco comunicaban agilidad y rapidez si fueran necesarias.

Me pidieron mi nombre y apellido y teléfono. Le aclaré que sólo nos quedábamos hasta fin de mes. Me entregaron una tarjeta, también con manchas, que contenía el número telefónico de la comisaría de la zona. Se subieron al auto y ví como avanzaron unos treinta metros hasta la siguiente casa.

Cerré la puerta, fui hasta la cocina, mientras Fernanda me comentaba que si esos eran los que nos cuidaban, mejor era cuidarse uno mismo. Llegué a la heladera y debajo de un imán con forma de porción de pizza, recuerdo de algún viaje a Italia, puse la tarjeta.

29 de enero – Aprendizajes

Luego de almorzar, me quedé en la galería a mirar el parque y disfrutar de una tarde no muy calurosa, llevadera, hasta quizás que invita a la pileta.

Me preguntaba qué cosas había aprendido en este mes. Recordando a un neurólogo famoso que mencionaba las ventajas de hacer y aprender cosas distintas, para potenciar las conexiones neuronales y su sinapsis. Por pequeñas que sean esas acciones, ya es algo nuevo para mi cerebro casi cincuentón. Entonces no es tanto descanso, estoy trabajando para mejorar mi cabeza, mi memoria y así tener una mejor vejez, reflexioné, mientras sonreía.

Repasando los días, aprendí a manejar el microondas, el lavavajillas, el horno eléctrico, reconozco que éste último se me complicaba, lo dominaba mejor mi esposa. Memorizar donde están guardadas las cosas en la cocina. El filtro de la pileta, entendiendo algunas funciones básicas, recordar días y horarios del jardinero, el piletero, retiro de residuos orgánicos y otro día y hora para los reciclables, el riego automático del jardín, sus horarios y programación, busqué en internet, sobre la vida de las Calandrias, sobre la planta Dama de noche dado que queríamos ver si convenía podarla, sus ramas ya casi cubrían una de las ventanas que daban al jardín, pero su

perfume intenso cada noche nos pedía piedad, también viendo tutoriales ahora sé cómo cambiar la cuerda que abre y cierra la sombrilla de la pileta, para felicidad de mi suegra que disfruta del sol de mediodía. Y hasta terminé un libro, corto, pero completé su lectura, que para mí es un gran esfuerzo.

Varias cosas nuevas, pequeñas, cotidianas, pero que hay que dedicarle atención. No sé si mi cabeza esta mejor ahora que hace un mes. Quizás mis neuronas están más contentas.

Una buena idea sería, en un mundo ideal, que cada uno pudiera experimentar una vez al año, mudándose a un nuevo lugar donde debe aprender todo lo cotidiano, se podrían sumar desafíos, tareas, etc. Soñar no cuesta nada, dicen.

Agarro un libro de la mesa, quiero seguir alimentando a mis neuronas con cosas nuevas, voy a la página con la punta doblada, intentare terminarlo, creo ya, por quinta vez.

30 de enero – Merienda

Es uno de los gustos que compartimos con mi esposa, salir a merendar. Lo hacemos habitualmente en la ciudad y aquí no tanto, quizás por la comodidad de estar en el barrio e ir hasta el centro del pueblo nos da un poco de pereza.

Pero hoy, luego de la pileta, nos arreglamos un poco y salimos. Hace unos días habíamos descubierto un nuevo lugar que nos gustaba. Chiquito, recientemente inaugurado. Su personal muy amable y las cosas ricas hacían que quisiéramos repetir.

Llegamos y volví a observar los detalles. Desde la vajilla personalizada por un artista de la zona, hasta una línea de té exclusiva que realizaba la dueña del lugar. Los cubiertos de diseño, la decoración con muchas plantas, sobre todo una pared con un jardín vertical que la cubría, un menú bien diseñado y con variadas opciones.

Cuando el lugar combina buena atención, sabrosos platos y sobre todo que llevaban pocos días de abiertos, siento que debo hacer algo, como brindar alguna ayuda para que les vaya bien. Lo que tenía a mi alcance eran las redes sociales. Así que saque fotos y las subí desde mi cuenta personal y laboral, recomendando el lugar.

Tengo una necesidad imperiosa de ver que emprendimientos como éste tengan éxito. Quizás porque soy emprendedor y sé lo que cuesta montar un negocio. En este caso era evidente que habían realizado una gran inversión. Muchos detalles que hacen a una experiencia muy agradable, pero también si no son elegidos por la gente, están destinados al fracaso.

Están a pocos metros de un café muy reconocido en la zona y que siempre tiene todas sus mesas ocupadas y gente esperando para sentarse. En el que estábamos nosotros éramos pocos, a los que pasaban y miraban, yo en mis pensamientos les decía que entraran, que el lugar estaba muy bueno, que no fueran al otro, ese ya lo conocen. Quería salir y gritarlo, como si fuera yo el dueño.

Salimos del lugar, caminamos unos metros hasta la camioneta, antes de subirme, me volví a mirar y ví que había unas tres mesas ocupadas afuera y otra gente llegando. Me puse muy contento.

31 de enero – Regreso

En casa es bastante desordenada, pero dentro de sus habilidades que destaco, Fernanda organiza las valijas de una manera práctica y fácil, donde todo tiene su lugar de manera de no desaprovechar espacio. También aplica este, por lo menos para mí, súper poder, cuando tenemos que cargar la camioneta con las cosas, que no son pocas. Todo va encontrando su lugar, como el famoso juego de los años ochenta, el Tetris. Si no encaja perfecto, perdés.

Nuestro último día en la casa. Emociones encontradas. Ganas de volver, ganas de quedarme. Mientras preparo el almuerzo, recalentando algunas sobras, pienso que me gusta mucho vivir en una casa, será que crecí en una. Me gusta estar expuesto a la naturaleza. Mucho verde, jardín, la pileta puede no estar, pero poder ver el cielo día y noche sin tener que levantar la cabeza y buscarlo entre edificios, para mí es una gran diferencia. Pero extraño lo que brinda la ciudad, un abanico de oportunidades a solo unas cuadras de distancia. Tanto para hacer y la verdad que hago muy poco, pero sé que están ahí, las posibilidades. Este mes, en el barrio, me sentí aislado, lejos de muchas cosas cotidianas. Para tomar un café tenía que agarrar la camioneta y manejar diez minutos. En la ciudad tengo cinco cafés a no más de cien metros de casa. Hay pros y contras en los dos mundos. La clave está en saber disfrutarlos.

El almuerzo fue un repaso de momentos y situaciones que vivimos. Mis suegros, mi esposa y yo, cada uno tenía una vivencia de este mes. Coincidíamos en un descanso en general, días de tiempos más laxos, contacto con lo natural y buena convivencia.

Por la tarde llegó Analía, la dueña de casa. Se quedó charlando en la planta baja con mis suegros. Fernanda hacía su arte en el baúl de la camioneta. Mientras yo miraba desde la ventana en esquina la casa de mis vecinos. Pensaba en algunas rutinas que extrañaría, como cuando me quedaba a oscuras en este lugar, detrás de las cortinas, espiando vidas

ajenas.

Fue un mes interesante. Trabajé, descansé, me adapté a otro ámbito y convivencia. Un barrio privado es un universo muy especial, que tiende a atraparte, es cómodo en su interior, amigable por demás, casi una fantasía. Seguro voy a extrañar la dinámica que se había incorporado a mi vida.

Nos despedimos de Analía, que muy amable nos comentó que le gustaría repetir la experiencia del alquiler, porque no lo hacía muy seguido y solo a personas recomendadas, como habíamos sido nosotros por unos amigos en común.

Cruzamos la entrada, pero esta vez por la salida de "invitados" ya que habíamos entregado la llave magnética de acceso del portón de residentes. Saludamos al personal de seguridad. Subimos los vidrios y prendimos el aire acondicionado.

Entre valijas, bolsas y objetos varios, volví a mirar el barrio. Ya sólo se veían altos paredones, donde asomaban los álamos que rodeaban todo el perímetro. Sonreí. La había pasado muy bien en ese mundo.